

Sábado IV de Cuaresma



16 de marzo de 2024

Jer 11,18-20

Sal 7

Jn 7, 40-53

P. Eduardo Suanzes, msp

Jesús se encuentra en Jerusalén: es la fiesta de las Chozas o de los Tabernáculos que caía hacia el final de la cosecha y la vendimia, por septiembre. La gente montaba unos sombrajos y fingía vivir como los israelitas en el desierto, 1300 años antes de Jesús.

Estamos en el último día de la fiesta, probablemente, el séptimo día. Hay que recordar algunos datos de la fiesta de las Chozas: a) Actualizaba litúrgicamente la experiencia del desierto. Allí Moisés procuró al pueblo maná para comer y agua de la roca para beber; b) En la liturgia había una ceremonia del agua, llevada desde la fuente de la piscina de Siloé y terminaba en el templo, en el altar de los holocaustos, haciéndose peticiones por la lluvia temprana; y c) La fiesta había incorporado esperanzas mesiánicas.

En el templo, los rabinos o letrados aprendían "a los pies" de un maestro las opiniones de doctores ilustres¹, muchas veces sobre temas de conducta, como interpretación de la ley de Moisés. Al final de la formación eran reconocidos oficialmente como tales. Jesús, el artesano pueblerino de Nazaret, no ha recibido tal formación, y sin embargo, se levanta y comienza a enseñar: su enseñanza es sorprendente.

¿Qué es lo que pasa dos versículos antes del trozo del evangelio que hemos escuchado? Bueno, inmediatamente antes sucede que Jesús, seguramente durante la procesión del agua, se pone en pie y grita: « —*Quien tenga sed acuda a mí a beber: quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas manarán ríos de agua viva*»²

Y Juan aclara: *Dijo esto a propósito del Espíritu que iban a recibir los que se habían puesto a creer en él, porque no había todavía Espíritu, pues Jesús no había sido glorificado todavía.*

Es decir, que Jesús acaba de anunciar al Espíritu Santo como el manantial prometido, que brotará de sus entrañas. Y a la sed que se refiere Jesús es a la experiencia espiritual del deseo de plenitud a la que aspira todo ser humano y que no puede venirle más que de Dios.

Me imagino el shock de la gente: por un lado la procesión solemnísima del agua, que no era solo una petición de la lluvia para el nuevo año que venía, sino que simbolizaba además, y sobre todo, la renovación espiritual de Sión, anunciada por Ezequiel; y por otro lado, ese galileo, puesto en pie

¹ Cfr. LUIS ALONSO SCHÖKEL. *La biblia del peregrino Vol.3*. Comentario a pie de página sobre Jn 7. Ed. Ega-Mensajero Divino. Verbo Divino. Bilbao 1997

² 7,37

y gritando que de sus entrañas, es decir, de su corazón, manaría la renovación espiritual de Israel. Desde luego a nadie se le ocurría decir una cosa así. La discusión está servida.

¿Mesías? ¿Profeta? ¿De Galilea? Esta es la discusión con la que comienza el texto de hoy. ¿Pero de Galilea puede salir el Mesías? La gente discute sobre Jesús a pesar de estar totalmente a oscuras de lo que es³. Pero para los fariseos no hay discusión posible: su decisión ya está tomada de antemano. A la respuesta admirativa de sus subordinados y a la pregunta sensata de Nicodemo, uno de los dirigentes, los fariseos reaccionan con la cólera y la injuria. Manifiestan sus prejuicios y su decisión ya tomada, y seguramente una inseguridad latente, como si estuvieran viendo amenazado su poder.

Los guardias habían dicho: « *¡Nunca un hombre ha hablado así!* ». Es decir, que aquí se da relieve a **la Palabra**; Nicodemo dirá después que hay que **oír** a Jesús. E inmediatamente nos resuena en el corazón aquellas otras palabras de Juan en su prólogo: « *Vino a los suyos, y los suyos no la acogieron. [...] La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros* »⁴.

El texto nos presenta reunidos a sacerdotes y fariseos: grupos irreconciliables, pero unidos frente a Jesús. Nicodemo sigue el principio de Jesús: son las obras, no los prejuicios, las que han de decidir en pro o en contra de la persona; pero el criterio de ellos para juzgar es la Ley, no el bien del hombre. Y, por fin concluyen: « *¿No serás de Galilea, también tú? Investiga y verás que de Galilea no surge ningún profeta* » Es decir, el hecho de ser un **profeta, el que alguien hable en nombre de Dios**, es incompatible con ser de Galilea.

En definitiva, lo que les hace sordos a los fariseos es su concepción de la Ley. Ellos se sienten seguros en ella, que es su dominio y su sabiduría. Confunden el conocimiento de la Ley con el conocimiento de Dios. No se dan cuenta de que la Ley es válida en la medida en que indica la voluntad de Dios, **en que es el camino de la palabra viva**. Si el decálogo no invita al diálogo, a la apertura, al abrazo misericordioso, se convierte en un simple catálogo, en un corsé que puede mantener recta a la persona, pero que paraliza al buscador de Dios. **Jesús invita a cada uno de los hombres, no ya a prescindir de la ley, sino a escuchar a Dios que habla a través de ella.**

Pero a veces nos asusta lo que Dios quiere decirnos y lo rechazamos por sistema, porque no entra, tal vez, dentro del ámbito que conocemos, que es exactamente lo que está haciendo Jesús. Al final, ellos utilizarán la fuerza para impedir que la Palabra se deje oír; nosotros utilizamos triquiñuelas más sutiles para no dejarnos alcanzar por la Palabra de Dios. A veces, preferimos, como ellos, la letra bien asentada al espíritu que no siempre se logra dominar y nos hacemos rígidos, aunque eso sí, muy cumplidores. Otras veces nos volvemos, efectivamente, muy cumplidores, pero solo para juzgar el comportamiento de los demás desde nuestra estrecha perspectiva. Aviso, pues a navegantes: acoger la Palabra es dejarse invadir por ella, sin condiciones previas, dispuestos a dejarnos sorprender y llevarnos por caminos antes insospechados.

³ XAVIER LEON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan II*. Ed. Sígueme. Salamanca 1992

⁴ Jn 1,11.14